

Pensamiento y ciencias sociales

Hay un sendero más luminoso

LA sangrienta payasada maoísta de Sendero Luminoso no es la verdadera revolución peruana. Existe un camino más luminoso, trazado por miles de empresarios y trabajadores, que forman la economía sumergida o «informal» de Lima. Tal la apasionante historia que narra *El otro sendero*.

Los lectores de ABC ya tienen referencias de la obra, porque este diario publicó en Tercera, en varias entregas, el elogioso prólogo que escribió Mario Vargas Llosa. El novelista peruano, más que mero prolonguista, fue el gran impulsor de este interesante trabajo que se ha convertido en un impresionante éxito editorial en el Perú y cuya fama se ha extendido también a muchos otros países.

El libro se inicia con un vivo relato sobre la constitución del Perú urbano; masas de campesinos abandonan sus tierras y acuden a Lima, pero su migración resulta inasimilable por una sociedad aún estructurada según cánones antiguos. El único recurso de los recién llegados es la economía informal, es decir, vivir al margen de la Ley, pero con objetivos legales: producir, construir su vivienda, trabajar, etcétera.

El otro sendero es un estudio de esa «revolución informal». Como no podía ser de otra manera, se trata de una labor colectiva, que duró seis años, dirigida por el empresario arequipeño Hernando de Soto, con la colaboración de E. Gherzi, M. Ghibellini y un grupo de investigadores del ILD (Instituto Libertad y Democracia). El libro está al alcance de cualquier lector, aunque los especialistas podrán obtener del ILD los tres volúmenes de apéndices con sus fundamentos técnicos y estadísticos.

Soto y sus colaboradores revelan la exorbitante dimensión de la economía subterránea del Perú; quien lea podrá maravillarse al comprobar que casi la mitad de los limeños habitan viviendas informales, frecuentemente edificadas sobre terrenos cuya «propiedad» se originó en una inversión. Esas viviendas son mejoradas y cuidadas, y las comunidades en las que se levantan no son anárquicas sino que están permeadas por una «normativa extralegal» que garantiza la protección de los derechos adquiridos. La implantación de la vivienda informal enseña que —al revés de lo que muchos piensan— lo que el pueblo desea es la *propiedad privada*.

La informalidad no estriba tan sólo en la vivienda, sino que se extiende también al comercio (más del 80 por 100 de los mercados limeños son informales) y los transportes (en la capital son informales en un 90 por 100). Soto abunda en ejemplos sobre las diversas formas en que la economía sumergida se manifiesta en estos sectores y en otros —el crédito— y añade, asimismo, magníficas fotografías.

Tras la exposición surge inevitablemente la pregunta: ¿Por qué la informalidad? Soto y sus colaboradores destacan el peso de los costes de la formalidad. El grupo de ILD realizó un experimento revelador: simuló la creación de un pequeño taller de confección textil e intentó hacer las cosas por las buenas y atravesar todos los trámites legales que fue-

Hernando de Soto, en colaboración con Enrique Gherzi, Mario Ghibellini y el Instituto Libertad y Democracia. **El otro sendero. La revolución informal.** Prólogo de Mario Vargas Llosa, Editorial El Barranco (Lima, 1986), 317 páginas

sen necesarios. El resultado fue espectacular: comprobaron que las once licencias requeridas para abrir el taller supusieron doscientos ochenta y nueve días de trabajo. En diez oportunidades se les ofreció acelerar los pasos a cambio de dinero; en dos de ellas hubo



que pagar, porque en caso contrario el proceso no hubiera podido seguir adelante. Y el colmo de lo kafkiano: en ningún momento las autoridades descubrieron que se trataba de una simulación. Si en lugar de instalar un taller, el experimento hubiese sido el de registrar legalmente una vivienda, entonces las tramitaciones habría durado ¡siete años!

Soto advierte que la economía informal surge no sólo porque es difícil y costoso acceder al plano legal, sino que también lo es permanecer en él; en efecto, la permanencia reclama una gran cantidad de recursos para trámites y sobornos de variopinta suerte.

Con todo lo aventurero que tiene la economía negra, no hay en este libro un endiosamiento de dicha epopeya: Soto no es un admirador de la realidad informal; lo que pretende es llamar la atención sobre el enorme potencial que representa, pero al mismo tiempo advertir que si la formalidad tiene costes, la informalidad tampoco carece de ellos: es menos productiva, también dilapida recursos, impulsa una estructura tributaria irracional, etcétera.

¿De qué depende el desarrollo económico? Soto niega que se base en el mayor capital

humano o en el progreso técnico o en el mayor ahorro; eso es el desarrollo, pero su causa anida en el marco institucional, cuyas falencias explican el alza de la economía

negra. Por lo tanto, lo que el Perú necesita, concluyen los autores, es un profundo cambio de la ley y la burocracia, pero no para perseguir a los informales, sino para «formalizarlos» y aprovechar la descomunal energía empresarial que ostentan. La dificultad estriba en que políticos y legisladores suelen tener presente más a la distribución que a la producción, sin percibir que la producción tiene costes y que no podrá aumentar si dichos costes son sistemáticamente empujados hacia arriba.

Encuentra Soto un paralelo entre esta situación y el llamado «mercantilismo», visión económica característica de la Europa de los siglos XVI-XVIII, pero que ha sobrevivido hasta hoy, marcada por la necesidad de la intervención del Estado en la vida económica. Las páginas dedicadas al mercantilismo coronan el libro, pero —apoyadas en bibliografía conocida y frecuentemente muy antigua— no aportan nada nuevo e incluso confunden al dar la impresión de que fuera del Perú el mercantilismo virtualmente no existe. Encuentran sentido sólo cuando se observa que Soto no desea simplemente «blanquear» a la economía negra para estimular el crecimiento económico, sino también para asegurar la paz. Aquí aparece la única mención a la guerrilla comunista; según Soto, existen dos revoluciones peruanas: una es abiertamente violenta, la de Sendero Luminoso, y la otra, la de *El otro sendero*, no es flagrantemente insurreccional aún, pero los autores temen que, en un país que no ha experimentado una revolución industrial, pueda serlo en el futuro.

Es esta encrucijada lo que quizá suscite mayor rechazo en el lector español que procure emplear el análisis del ILD para auscultar a la informalidad en nuestro país, puesto que en España la economía sumergida no alcanza contornos tan desorbitados ni parece amenazar ineluctablemente la estabilidad democrática. Pero de este lado del Atlántico también hay informalidad, burocracia, corrupción y demagogia; a tal respecto tenemos mucho que aprender todavía. *El otro sendero* es un libro sobre los límites del Estado como agente del desarrollo y sobre la fuerza de la economía oculta, frecuentemente despreciada merced tanto a la soberbia de la derecha como al paternalismo de la izquierda; pocos quieren ver a un trabajador convertirse en empresario y muchos erran al concebir que el problema estriba en la economía informal y no en la formal.

Por ello, las líneas generales del programa de Soto son perfectamente aplicables a otros países: desregular y simplificar la economía, abrir a la comunidad la elaboración de las leyes, utilizar la energía de los informales y saber leer su mensaje. Los informales —gentes humildes en su aplastante mayoría, no se olvide— hacen algo impresionante: buscan la economía de mercado, no la encuentran y... la crean.

Carlos RODRIGUEZ BRAUN